

artes, industria, navegación, comercio, nunca podían patentizar, como en aquel momento supremo, la utilidad reportable por todos los suyos de tan despótica y bárbara organización. Despojadas sus madres de los afectos más naturales, convertidas en soldadones sus doncellas, toda espontaneidad en acción y pensamiento sofocada por una terrible disciplina, el arte proscrito, la ciencia extinta, hechos los hombres sumandos ó factores de sumas y multiplicaciones bélicas, puesto en lugar de Dios la fuerza, no había caso ninguno en que pudiera mostrarse la necesidad evidente de aquella organización antihumana como el caso aquel de una heroica guerra por la común patria.

No correspondieron los espartanos con su deber, y lo pagaron bien caramente, como veremos en otro lugar de nuestra obra. Comprendiendo Gorgo que su marido iba con trescientos hombres contra un ejército compuesto de tres millones ¡ah! no calificó aquello de combate, sino de sacrificio, y sacrificio necesario. Leonidas no se partía, no, para la guerra, se partía para la muerte. Aquella mujer comprendió que se quedaba viuda, y todos los preparativos de la expedición tomaron un carácter fúnebre. Rogóle, pues, á su esposo que hiciera testamento y le confiara sus últimas voluntades. El héroe le dijo que, cierto de su evidente muerte, y

dejándola viuda tan joven y tan hermosa, debía casarse con otro marido que fuese honrado como él y tener hijos capaces de transmitir á la posteridad esta honra. Después del testamento vinieron las fiestas fúnebres, como si los trescientos hubieran ya muerto. La mujer abrazó al marido con todas las ceremonias propuestas para el abrazo último por las liturgias clásicas. Lloraron como plañideras las espartanas, á pesar de que tal lloro femenino y debilitante se les prohibía por sus leyes nacionales y por su tradicional educación. Las flautas fúnebres y las elegías poéticas resonaron como en los entierros. Ardieron las hogueras cual si debieran quemar cuerpos muertos y expedir al cielo espíritus purificados. Muchos ciudadanos de Esparta, hombres y mujeres, se desprendieron de sus cabellos y los colgaron en el carro de Leonidas cual si fuera éste un carro fúnebre. El héroe murmuró aquellos versos de la *Iliada* en los funerales de Patroclo, cuando Aquiles dice cómo no podía esperar el regreso á la patria y sí el descenso á la tumba. Ovejas y bueyes perecieron en religiosas hecatombes. El vino lustral cayó vertido sobre los sacros carbones. Hubo comidas fúnebres como en los antiguos funerales griegos. El pensamiento de la muerte penetraba por tal modo en las costumbres antiguas, sobre todo en las costumbres lacedemo-

nias, que nadie llegó á extrañar este luctuoso aparato. Las mujeres de aquella vieja y heroica Esparta pudieron llevar á cada cual de los trescientos la tela roja con que solían envolver y el ramo de oliva con que solían coronar á sus muertos, en la certidumbre de que ninguno volvería, pues todos iban, más que al combate, al sacrificio. Por una particularidad propia de los funerales usados en Esparta, concluyóse todo con el sacrificio á Ceres, porque Ceres, ya lo hemos dicho, en el viejo mundo clásico, representaba, no tan sólo aquella simiente que germina, sino el humano espíritu que renace después de la muerte allá en la inmortalidad. Con estos preparativos tan luctuosos los griegos de la dorica Esparta se apercibieron para defender aquellos sitios que les designara la querida común patria.

Para contrastar la invasión de Xerxes, en cuanto se alcanzó á saber su inmensa importancia, diez mil helenos tomaron el desfiladero de Tempe, punto capital estratégico, muy propio á impedir el paso. Con sólo mencionar los nombres de las montañas y de los ríos que componen este valle alcánzase toda su importancia. Abierto entre las montañas conocidas con los nombres inmortales de Osa y Olimpo, regado por el Peneo que las adelfas coronan y las leyendas poetizan, en el Norte de la fortísima Tesalia, patria del laurel de Apolo, sitio

bendecido y cantado por todos los poetas, y al cual todas las hoyas, todas las hondonadas hermosas en lo antiguo solían compararse, la posesión de Tempe y su defensa debían aparecer á la vista y al pensamiento de los griegos, no sólo como asunto de superior estrategia para su colectiva defensa, como asunto de honra nacional. Una vez allí los defensores de la Hélade, hallaron obstáculos invencibles para su plan bélico en las divisiones políticas de los tesalios, y abandonando posición que necesitaba la más ciega confianza de los defensores en los habitantes, descendieron hacia el Mediodía y llegaron por las costas al golfo Malíaco, donde se detuvieron y designaron para detener el ejército persa un punto admirable, las Termópilas, único por donde los irruptores orientales, de la cuna del sol venidos, podían penetrar en la hermosa Helenia. Termópilas quiere decir puertas ardientes. Y este nombre lo debían los desfiladeros á las aguas termales que de sus riscos manaban. Así como Tempe se abre, ya lo hemos dicho, en el Olimpo, este desfiladero de las Termópilas, tan celebrado, se abre á su vez en el Eta, montaña también divina, puesta entre Lócrida y Tesalia. Los desfiladeros inaccesibles de un lado con las marismas inexplorables de otro lado por tal manera dificultaban el paso, que forzosamente habían los persas allí de

pararse ante una heroica resistencia y habían los griegos de mostrar la superioridad incontestable del ánimo entero y del valor moral sobre la fuerza y el número. Si las guerras médicas dan asunto aun hoy á todos los poetas; si, como las cantó Simónides, con igual, quizá con mayor entusiasmo, las cantan todavía Quintana y Leopardi para enardecer á los españoles y á los italianos, Víctor Hugo y Byron para consolar á los franceses en sus derrotas y sostener á los griegos en sus últimos combates, débese á que tales hechos representan la superioridad manifiesta de una idea, de un sentimiento, de una pasión sobre la disciplina del despotismo y los ejércitos de siervos unidos tan sólo en el horror á la muerte y peleando sin fe y sin esfuerzo por sostener el trono bajo cuyo abrumador peso yacen como cadáveres y remachar las mismas cadenas que los oprimen y deshonran.

Las puertas ardientes, las Termópilas, estrechábanse hasta el punto de tener sólo quince metros de largas, con dos boquetes como Anthela y Alpenos, por los cuales á duras penas podía pasar un carro. A mayor abundamiento, los griegos habían rehecho su defensa material y reconstruído un muro arruinado al borde tranquilo de una fuente clara. El ejército heleno, acampado en las Termópilas, se componía de mil mantenios, mil doscientos arca-

des, doscientos guerreros de Flionte y ochenta de Micena, setecientos tespíos, cuatrocientos tebanos, mil focéos; pero entre todos ellos resaltaba la falange de los trescientos espartanos dirigidos por Leonidas. La vocación al martirio les poseía por completo, y la seguridad inefable sugerida por íntimas intuiciones, la seguridad inefable de un sacrificio por la patria, latía en sus almas. Eran aquellos hombres, no trescientos héroes, trescientos mártires. Pero su martirio se diferencia del martirio religioso, del martirio cristiano, tal como nosotros lo comprendemos, en que no tiene los caracteres de resignación y de conformidad reconocidos en éste, sino que, después de aceptar como resultado matemático de sus esfuerzos la rota y la muerte, pelea, cual si hubiera de conseguir al cabo un laurel de triunfo en los empeños del combate. No se parece, no, el mártir de las Termópilas al mártir de los circos. Aquél no alarga la garganta de modo alguno á la cuchilla de los sacrificadores, ni aguarda la fiera sobreexcitada para devorarlo: sale, reta, combate, mata, y al fin muere con la sonrisa en los labios, sí, con la tranquilidad en el alma, como una estrella que se apaga por su propio enfriamiento, como si feneciera de modo natural y no violentísimo, presentando de grado la vida en aras de la libertad y de la patria, después de haber hecho que

un enemigo muy formidable y muy numeroso la comprase muy cara y á costa de su propia vida. El sacrificio de las Termópilas queda en la memoria humana escrito y consagrado, porque representa y significa el triunfo de la moral sobre la fuerza.

Xerxes creía que, presentando tal número de combatientes cual presentaba su imperio, correrían los griegos á manera de animales acosados por el ojeo y por la caza. No le cabía en la mente que ciudades pequeñas, compuestas de ciudadanos sin cetro y sin corona, repúblicas mercantiles y coloniales de mercaderes, de marinos, factorías para el cambio y no fortalezas para el combate, donde los artistas, y los poetas, y los rapsodas, y los aedos, tañían el arpa cuasi femenil de todas las artes, forjándose más buriles que armas, pudiese resistir á un imperio representante de la fuerza, organizado en milicia, dirigido por generales cercanos á reyes, con sumo imperante como el que se asemejaba á los dioses en omnipotencia y que mandaba sus esclavos mecánicamente al combate y á la muerte, cual si fuese una ciega fuerza de la misma naturaleza. Creía más aún el monarca: en sus hábitos de amorrar las repúblicas y encarecer las monarquías, creía los griegos por tal manera susceptibles á la competencia y á la rivalidad, así como incapaces de común esfuerzo, que los consideraba inhábiles



para darse delante del peligro mismo un jefe militar y someterse á su dirección y autoridad. El déspota naturalmente no comprendía las diferencias radicales entre la libertad y el despotismo. Ignoraba, en su soberbia, que mientras los esclavos combatían sólo por miedo á él, con fuerzas mecánicas y sin ninguna fuerza moral, tenían los griegos bajo sus piés la propia tierra, en sus manos el arma forjada por los suyos al fuego de los lares, en el alma la imagen de su hogar y de su patria, por las venas, enardeciéndolas, más que la sangre y la vida, el sentimiento de la libertad, y en lo porvenir, aun contando con la muerte segura, el suelo nacional para recoger amoroso y pródigo sus huesos, la historia nacional para engrandecer y glorificar sus nombres.

Los griegos mostraron cuántos resortes guarda una verdadera libertad para mover las humanas voluntades. Leonidas quedó aclamado como jefe supremo y generalísimo entre las intimaciones de Xerxes despreciadas y reídas por quienes habían jurado morir después de matar sobre las aras de su Grecia. Cinco días estuvo el déspota esperando á que los libres se rindieran, heridos en su imaginación por la superioridad incalculable del número y ofuscados en su inteligencia por la grandeza enorme del despotismo. Burlados sus cálculos, y viendo

cómo se mantenían firmes en sus hondos sentimientos y en sus altas fortalezas, atacó al quinto día, y atacó valiéndose de la flor de su ejército, valiéndose de los medas. Todos quedaron muertos en aquel esfuerzo, pero la posteridad no sabe los nombres de sus contrarios, y la historia no alaba su sacrificio como alaba el sacrificio enemigo. Mártires del despotismo murieron sin premio y sin gloria, como pudieran morir los sabuesos en los incidentes de una cacería ó las fieras en los vanos alardes de un circo. La fama sólo tiene laureles para la libertad. Xerxes, maravillado por completo de aquella inesperada resistencia, se desasíó de su guardia personal. Había en el ejército una falange llamada de inmortales, por haber pasado, como si fueran incombustibles, á salvo entre las llamaradas voraces de cien combates á muerte. Esta falange mandó, seguro de que volvería con la victoria, y todos los inmortales murieron al pie de los espartanos en el polvo de las Termópilas. Una fuerza bien superior á la fuerza bruta, una grande inteligencia táctica sustentada por un eficaz é intenso amor patrio desconcertó al enemigo de la humanidad y salvó en aquel encuentro, aunque desgraciadísimo, fecundo, el humano progreso. La táctica espartana, táctica de montaña, incomprensible para quienes habían combatido y caminado tanto por los desiertos, con-

sistía en fingir una retirada, y atrayendo al contrario ensobrecido por lo fácil de su triunfo á una trampa bien fácil, aplastarlo en el abismo donde había caído. No se lograban estos resultados sin extraordinarias heroicidades, y no se hacían estas heroicidades sino á costa de sacrificios extraordinarios. Los griegos habían sucumbido casi todos en aquellos encuentros. No quedaban intactos más que los mil focios encargados de vigilar las sendas y los atajos de la montaña con los trescientos espartanos adscritos al postrer y supremo esfuerzo.

Xerxes, enfurecido por la resistencia y temeroso de un desastre, consultó los prácticos de su gente para urdir una trama certera y asestar un golpe decisivo. Examinando á todos cuantos podían darle un luminoso consejo, encontró en Idarne el jefe asiático más idóneo para conducir un cuerpo de persas decidido á la muerte, y en el melio Efialto un conocedor profundísimo de toda la comarca. Bien resuelto al golpe y bien instruído por sus guías, el jefe asiático llegó á la cima del monte, guardado por los focios, en la hora del alba. Todo se había preparado para un movimiento envolvente que tomase á los griegos por la espalda y rebasara sus líneas de defensa y mordiera los talones á sus resistencias. Los riscos aglomerados unos sobre otros en los asperísimos desfiladeros, las espesas